

tierra que se descubria era la isla de Santa María, que es una de las Azores, perteneciente á los portugueses. La alegría de la tripulación, al ver de nuevo el Antiguo Mundo, fué igual, si no mayor, que la que sintieron al descubrir el Nuevo.

Aunque á la vista de tierra, no por eso era fácil acercarse á ella. El mar se hallaba aun muy agitado, y la tormenta, aunque menos fuerte, no por eso dejaba de impedir á la frágil embarcacion que llegase á puerto. Despues de luchar por vencer las dificultades que se presentaban, al fin lograron anclar el lunes 18, en la parte Norte de la isla.

Se hallaba de gobernador de esta el capitan D. Juan de Castañeda; y al saber la llegada del almirante, le envió en un bote, víveres y refrescos, acompañados de mil ofrecimientos galantes. Colon manifestó su agradecimiento al fino gobernador portugués, que habia dado orden para que le atendiesen en todo lo que necesitara.

El primer cuidado de Colon, al verse en puerto, fué cumplir la promesa hecha en el peligro. Informado por los mensajeros portugueses enviados por el gobernador, que habia, no muy lejos, una ermita dedicada á la Virgen, dispuso enviar, en un bote, á la mitad de la tripulacion á tierra, para que marchase en procesion, como habian ofrecido, quedando él con la otra mitad á bordo, para hacer lo mismo así que los primeros volviesen. Viendo que las horas pasaban y que los que habian marchado no volvian, se informó de la causa que existia para ello, y supo que consistia en haber sido arrestados. Colon elevó inmediatamente una queja al gobernador portugués, y despues

de algunas sérias contestaciones, logró que se pusiese á su gente en libertad.

Colon arriba á Lisboa. El domingo 24 de Febrero dejó Colon la isla de Santa María, y se dirigió hácia España. De repente se levantó otra terrible tormenta que le obligó á entrar en el rio de Lisboa. Inmediatamente envió correos, dando aviso á los Reyes Católicos de su llegada, y en seguida envió un recado al rey de Portugal, pidiéndole permiso para surgir en el puerto de su capital. El soberano portugués otorgó la licencia, y la carabela ancló en el sitio que juzgó mas conveniente.

Pocos instantes despues de haber echado el ancla, se presentó á Colon un oficial de un buque de guerra, diciéndole que fuese con él para quediese cuenta á los ministros del soberano de Portugal, de su llegada. El almirante se negó á obsequiar la orden, contestando que los almirantes de los reyes de España, como él era, no estaban obligados á dar cuenta de sus actos á nadie, sino á ellos solos. Entonces le suplicó el oficial que se dignase mostrarle las cartas y órdenes de los Reyes Católicos, para dar cuenta á su capitan D. Alvaro de Acuña de la verdad del caso. Colon le enseñó inmediatamente sus patentes, y el oficial, convencido de la alta dignidad de la persona con quien hablaba, marchó á poner en conocimiento de su jefe el resultado de la entrevista.

D. Alvaro de Acuña escuchó, asombrado, la noticia que le daba su subalterno; y deseoso de ver al descubridor del Nuevo-Mundo y á los habitantes que de él traia, se dirigió hácia la carabela española al son de músicas que manifestaban su entusiasmo. Colon le recibió con



afabilidad, y le manifestó su gratitud por las demostraciones de aprecio y los ofrecimientos que le hizo.

Pronto cundió la nueva por toda la ciudad de Lisboa, de que habia llegado de las Indias el buque español. La gente, al saberla, corria en tropel hácia el puerto para verlo, y la mar se veia cubierta de barcas portuguesas que se dirigian, llenas de toda clase de personas, ansiosas de conocer á los hombres que habian llegado de un mundo nuevo y á los séres nacidos en aquellas apartadas regiones.

Atenciones del rey de Portugal con Colon. Colon recibió al siguiente dia de su llegada á Lisboa, una carta del rey de Portugal, donde le daba la bienvenida, suplicándole que no se fuese sin hablarle, y rogándole que se dignase pasar á verle á Valparaiso, donde se encontraba.

Al mismo tiempo que enviaba esta carta á Colon, ordenó á los empleados, que abasteciesen su carabela de los víveres necesarios, sin que nada se le cobrase por ellos, y que se le guardasen las mas altas consideraciones.

El almirante, comprendiendo que no debia desairar la súplica del soberano portugués que, bajo su palabra real, le habia ofrecido seguridad y respeto, resolvió obsequiar su deseo. Inmediatamente se puso en marcha; y habiendo dormido en Sacabén, llegó al siguiente dia á Valparaiso. La recepcion fué brillante. Lo mas selecto de la nobleza de la corte salió á recibirle por orden del rey, y al presentarse en el palacio, el soberano le recibió con demostraciones de la mas alta consideracion, mandándole que se cubriese y se sentase.

El rey escuchó con asombro y atencion las brillantes descripciones hechas por el almirante, de cada una de las

islas descubiertas en el Nuevo-Mundo. Despues de haber terminado de hablar, el rey de Portugal le manifestó que, segun los convenios celebrados entre él y los soberanos de España, los descubrimientos de la India le pertenecian. Colon contestó que ignoraba las capitulaciones firmadas entre los reyes de ambos países; que lo que se le habia ordenado únicamente al salir para la expedicion, fué que no tocase á la Guinea y Mina de Portugal, y que, celoso del cumplimiento de las órdenes recibidas, no habia faltado á ellas en lo mas mínimo.

Agradable fué para el rey aquella entrevista, por mas que sintiese que fuesen para los soberanos de España el provecho y la gloria de los nuevos descubrimientos. El soberano de Portugal manifestó á Colon su particular aprecio, y le hizo, al despedirse, los mas lisonjeros ofrecimientos.

Admirados quedaron los cortesanos portugueses al ver al hijo de un humilde cardador de lanas, á un piloto que pocos años hacia le calificaron ellos mismos de soñador ridículo, presentarse demostrando la superioridad de su talento y la solidez de su ciencia. La conversacion sostenida con el monarca, habia sido digna, instructiva y amena. A las preguntas hechas por el soberano, habia contestado con un juicio recto y con una concision elocuente, correspondiendo en sus maneras y palabras á la alta dignidad de almirante y virey, á que por su talento se habia elevado.

Al ver realizado el descubrimiento de un mundo que se habia tenido por un delirio; de un mundo ofrecido al Portugal antes que á España, y adquirido por ésta, á consecuencia de no haber creído en su existencia aquélla,



causó un profundo disgusto en la nacion entera. La consideracion de que los Reyes Católicos iban á adquirir una preponderancia notable, y que la gloria de los descubrimientos portugueses iba á quedar eclipsada por la de los españoles, llenó de envidia y de despecho á muchos grandes, y aun se asegura que hubo alguno que ofreció al rey quitar la vida al almirante, á fin de que no llegase á saberse lo que habia descubierto.

No es verosímil esta suposicion ofensiva; y, en mi concepto, debe rechazarse como injuriosa, puesto que nadie ha presentado una prueba que lo demuestre. Para que permaneciese oculto el descubrimiento del Nuevo-Mundo, no bastaba la muerte de Colon. Habria sido precisa la de todos los individuos que formaban la tripulacion; y esto hubiera indignado á la Europa entera. Además, se ignoraba el paradero de Martin Alonso Pinzon; y si su carabela no habia perecido, era cometer infamantes asesinatos que, á la vez que inútiles, hubieran arrojado una horrible mancha sobre la nacion portuguesa.

No es creible, por lo mismo, la injuriosa suposicion de algunos historiadores; y prudente será no aceptarla, si se anhela obrar con justicia. No es verosímil, repito, la infame proposicion hecha al soberano; pero si realmente lo fué, el rey tuvo, segun los mismos historiadores, la dignidad de rechazarla como indigna de la hidalguía portuguesa.

Lo que hay de cierto es, que el monarca de Portugal le colmó de atenciones y de obsequios; que ordenó que le acompañasen todos los caballeros de la corte, hasta la puerta de palacio; y que mandó á D. Martin de Noroña, que

le guiase á Lisboa, guardando las mas distinguidas consideraciones. Al pasar por el monasterio de Villafranca, donde se hallaba la reina, Colon fué presentado á ella, porque habia manifestado deseos de verle. El almirante fué recibido por la soberana de Portugal con notable aprecio, y contestó á las preguntas que le hizo relativas á sus descubrimientos, con la finura y acierto que le eran peculiares.

Al disponerse Colon á continuar su camino, se presentó á él un gentil hombre, enviado por el rey, ofreciéndole, de parte de S. M., acompañarle hasta la frontera, si preferia marchar á España por tierra, para lo cual se dispondrian caballos y alojamientos. El almirante contestó que tenia dispuesto hacer el viaje por mar en su carabela; y despues de suplicar que diese las gracias al magnánimo soberano por su benevolencia, se hizo á la vela el dia 13 de Marzo con rumbo á Sevilla.

El viento se mostraba benigno y la tripulacion contenta. El viernes 15, favorecido siempre por el tiempo, entró, á medio dia, hora de la marea, en la barra de Saltes, anclando á poco en el puerto de Palos, de donde habia salido el viernes 3 de Agosto del año anterior de 1492, á los siete meses y medio de haber partido de aquel mismo sitio.

Llegada de Colon al puerto de Palos. Al divulgarse en Palos la noticia de que una de las carabelas acababa de entrar en el puerto, despues de haber dado feliz cima al descubrimiento del Nuevo-Mundo, estalló un grito de alegría por todas partes, y la playa se llenó de gente, esperando ver á los que habian llorado ya muchas veces por muertos. La alegría de la vuelta, contrastaba con la profunda tristeza de la salida. Las campanas repicaban sin cesar, anunciando la buena



nueva; las tiendas se cerraron, y el entusiasmo y el placer se veían pintados en el semblante de la población entera. La mayor parte de los vecinos tenían algún hermano, algún pariente, algún amigo entre los que habían marchado en la expedición, y corrían con el afán de verle ó de saber lo que le había acontecido. Al saltar Colón á tierra, le rodeó la multitud regocijada, victoreándole, henchida de entusiasmo. El almirante, agradeciendo los sinceros plácemes, se dirigió á la iglesia seguido del vecindario que, formando procesion, entró en el templo acompañándole. Aquel era un espectáculo sublime. Colón dió las gracias al Todopoderoso por haberle elegido de instrumento para descubrir el Nuevo-Mundo, y las oraciones de todo un pueblo se unieron á la suya.

Solo un pesar se mezclaba en aquel general regocijo. El que causó el saber, por los marineros, la desobediencia de Martín Alonso Pinzón poco después del descubrimiento de las islas. Su mismo hermano lamentaba aquel error, nacido de un deseo excesivo de gloria, que le venía á arrebatarse la que realmente le pertenecía.

Cumplido con su deber religioso, Colón escribió á los Reyes Católicos, que se hallaban en Barcelona, donde tenían la corte, dándoles aviso de su llegada, y enviándoles un relato de lo acontecido en el largo viaje. No queriendo exponerse á nuevos contratiempos en el mar, dispuso marchar inmediatamente á Sevilla por tierra, para de allí dirigirse á Barcelona.

Aun no cesaba el repique de las campanas y los gritos de alegría de la multitud, cuando se dejó ver la *Pinta*, que llegaba en dirección al puerto.

Martín Alonso Pinzón ignoraba la llegada del almirante y se sorprendió al ver á la carabela *Niña* anclada en el puerto.

El ambicioso marino se había lisonjeado de ser el primero en dar la noticia del descubrimiento de un nuevo mundo anhelando la supremacía de la gloria en aquella expedición maravillosa, y se encontraba, al imaginarse que iba á tocar la realización del bello ideal que había acariciado, con la amarga verdad de una ilusión desvanecida. Cuando la tormenta separó á su maltratado buque de la carabela mandada por el almirante, el huracán le arrastró por entre montañas de olas que amenazaban sepultarle á cada instante. Después de terribles horas de angustia, en que los marineros acudían á todas partes para la fatigosa maniobra que se les mandaba, logró Pinzón entrar en la bahía de Bayona. Ignorando la suerte que había corrido la carabela del almirante, pero ambicionando de todas maneras la gloria de ser el primero en comunicar á los reyes la noticia del descubrimiento hecho, ganando así su favor y el aura popular, escribió inmediatamente á los soberanos, dándoles cuenta del resultado de la expedición, y pidiéndoles licencia para pasar á la corte, donde les haría una relación extensa de todo lo acaecido.

Despachado el pliego, se hizo á la vela, sin pérdida de momento, hacia el puerto de Palos, donde esperaba ser recibido con el entusiasmo más ardiente por sus amigos y la población entera.

Pero todos los risueños castillos forjados en su fantasía vinieron por tierra al descubrir anclada á la *Niña*, y á sus lisonjeras esperanzas, siguió el rubor de que le seña-



lasen como insubordinado al hombre que era ya el ídolo del pueblo y la admiracion del mundo.

Pinzon poseia un alma elevada, y se avergonzó de su accion pasada. Para evitarse el rubor de presentarse ante el almirante, se detuvo á la vista del puerto.

Pocos momentos despues, Colon salia por tierra para Sevilla, llevando todos los objetos curiosos adquiridos en las islas descubiertas y los indios que habia traído de ellas. Eran estos seis, pues uno habia muerto en la navegacion.

Al oscurecer, Martin Alonso Pinzon mandó á los marineros disponer el bote, y entrando en él, saltó á tierra cuando vió que no transitaba gente por las calles. No queriendo encontrarse con nadie, se encerró en su casa oprimido por la pena y la vergüenza. El profundo abatimiento quebrantó bien pronto su salud. Habia alcanzado siempre las consideraciones de los vecinos mas distinguidos de Palos, y temia, en aquellos instantes, ser el blanco de sus desprecios ó de sus sátiras. A colmar el duelo de su corazon, llegó, pocos dias despues, la respuesta dada por los Reyes Católicos á su carta. En ella le reprendian su falta de insubordinacion al jefe de la escuadra; le negaban la audiencia que habia solicitado, y le ordenaban que no se presentase sino con el almirante, que era á quien habian enviado al descubrimiento.

Muere Pinzon Pinzon se sintió abrumado de pesar y de de sentimiento. tristeza al leer la desaprobacion de su conducta por los soberanos, y no pudiendo resistir al profundo sentimiento que se apoderó de su alma, murió á los pocos dias, rodeado únicamente de los individuos de su familia.

Que Pinzon poseia un alma dotada de nobles sentimientos, lo está revelando su muerte, causada por el remordimiento y la pena de haber faltado á su deber. Un hombre de bastardas ambiciones, se enfurece cuando se ve contrariado en su marcha, pero nunca sucumbe á la vergüenza y al dolor. Pinzon habia cometido un error; pero no por esto dejaba de poseer un corazon elevado. Habia sido el primero en aplaudir y apoyar el proyecto de Colon cuando éste se presentó en España pidiendo un pedazo de pan; cuando nadie le conocia. Le habia ayudado en el equipo de las carabelas; influyó en el ánimo de los recelosos marineros á emprender la expedicion por todos temida; adelantó algunas sumas de dinero á Colon para que cubriese los compromisos que habia contraído, y por último, tomó parte con sus hermanos en la empresa, arriesgando sus barcos, su fortuna y su vida. ¡Lástima que la gloria adquirida de esa manera noble y desprendida, se halle empañada con el acto de flaqueza que empequeñeció su nombre!